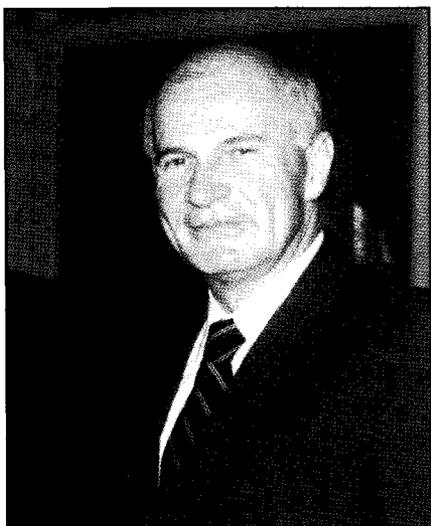


Roso Alfredo Cala Hederich

Académico y Maestro

(1931 - 2003)

Académico Roberto Serpa Flórez*



Mérito UIS, Miembro de Número y Honorario de la Academia Nacional de Medicina, Miembro de Número de la Academia de Historia de Santander. Fue uno de los precursores de los trasplantes renales en Bucaramanga y en Colombia. En la Revista Colombiana de Cirugía se publicó trabajo suyo, ya clásico, donde narra la historia de las investigaciones y labores del grupo de trasplante renal que él dirigió en Bucaramanga. El doctor Cala-Hederich fue el editor y el autor de varios de los capítulos del volumen de Nefrología, (3ª edición, Medellín CIB, 1993) de los Fundamentos de Medicina, la obra más importante escrita por médicos colombianos. Roso Alfredo Cala fue un humanista, un historiador, un artista. Testimonio de ello son su biografía de Ramón González Valencia, "El hombre de Iscalá" (monografía para ingreso a la Academia), y los bellos documentos que preparó en videocinta y medios magnéticos como fruto de sus investigaciones sobre la música culta de la época clásica y la época del barroco, la ópera y la música instrumental.

El 26 de octubre murió en Bogotá el doctor Roso Alfredo Cala Hederich después de una penosa enfermedad que dominó y quebrantó su cuerpo pero no su espíritu, ni su férrea voluntad, ni su coraje ante la adversidad. Roso Alfredo Cala fue uno de los más eminentes médicos de Santander en el Siglo XX, médico de la Universidad Nacional, especialista en Medicina Interna y Nefrología, Fundador y Decano de la Facultad de Salud de la Universidad Industrial de Santander, Jefe del Departamento de Medicina Interna de la UIS, Fundador y Jefe de la Unidad de Nefrología del Hospital Universitario Ramón González Valencia, Profesor Titular de Medicina Interna, Profesor Emérito de la Universidad Industrial de Santander, Orden al

En el homenaje que ante su lecho de enfermo en el mes de agosto la Universidad y la Academia le hicimos al maestro, al amigo y al hombre extraordinario que fue Roso Alfredo Cala, me atreví a decir, parodiando al poeta: "Nada nos llega tarde." Y hoy completaré la cita: "hasta la gloria". (Nada nos llega tarde: hasta la gloria). En la muerte de Roso Alfredo este amigo suyo y compañero de muchos años, envía sus condolencias a su esposa Marina, a sus hijos, nietos, hermanos y a sus amigos, que los tuvo muy fieles y sinceros. Y presenta su vida y su obra como paradigma y modelo a los médicos de ayer y de hoy y a nuestros alumnos que continuarán nuestra tarea.

* Miembro de Número de la Academia Nacional de Medicina y de la Academia de Historia de Santander, Profesor Emérito UIS.

En memoria de una amistad perdurable

Académico Efraim Otero Ruiz

El autor de estas líneas ha escrito ya tantos obituarios sobre sus contemporáneos y sobre personas que ha admirado y ha querido, que en cada uno de ellos parece que la muerte le pasara rozando, como si se tratara del juego de “sacarle el quite” al toro en las suertes de los toreros. Pero en ninguno la ha sentido tan cercana y desgarradoramente cercenante como en la muerte del Académico Roso Alfredo Cala Hederich, su amigo desde la infancia, fallecido el 26 de octubre pasado.

Porque la frase “amigo de infancia” es muchas veces apenas un formalismo, aplicado a quienes compartieron fugazmente nuestras bancas en el colegio o nuestros equipos de juegos, cuando no las fiestas infantiles de grupos familiares más o menos afines. No en el caso de Cala. Separados por sólo tres días en nuestra edad cronológica y casi siempre por sólo tres o cuatro cuerdas en nuestras residencias bumanguesas, acercadas por la amistad íntima de nuestras familias, puede decirse que entre nosotros existió una afinidad que ni en la edad madura ni en la senectud pudo desligarse, por más que mediaran las distancias físicas, o las ocupaciones diversas o a veces las maneras de pensar algo divergentes en torno a los aciagos problemas de la educación y la práctica médica de nuestros días. Por encima de ello, cada uno nos enorgullecíamos en repetirlo, estaba la fuerza de una amistad a toda prueba, tan inexpugnable como las siete décadas que la precedían.

Descendiente por ambas ramas de rancios troncos familiares santandereanos, vinculados raizalmente con esos espléndidos inmigrantes alemanes que llegaron a Santander a mediados del siglo XIX, Roso Alfredo se enorgullecía casi teutónicamente de sus genes y de su raza. Pero aceptaba que los valores y el talento había que ganárselos a través de una lucha auténtica, como auténtica debía ser en el individuo la demostración de sus actitudes y sus creencias. Por eso, poco después de regresado a Bucaramanga a comienzos de los sesentas, después de graduado en la Universidad Nacional y especializado en medicina interna en Gainesville y en Atlanta, congregó periódicamente a un grupo de sus mejores compañeros y contemporáneos en esa ciudad, que reunían en grupo informal diversas disciplinas, pero cuya norma debía ser la autenticidad en el creer y en el obrar. Trabajando desde muy temprano con hipertensos y convencido de la necesidad de establecer en su ciudad natal un

centro nefrológico de primera categoría, no vaciló en abandonar una práctica docente y profesional exitosa para irse a realizar estudios avanzados en nefrología en la Universidad de Rochester, estado de Nueva York, entre 1969 y 1971.

Ya para entonces había participado activamente en el grupo que se empeñó en crear una Facultad de Medicina en la Universidad Industrial de Santander y había sido su Decano fundador. En los años setentas se dedicó activamente no sólo a mejorar y hacer crecer su cátedra y su centro nefrológico sino a iniciar el programa de transplantes renales, segundo sólo en éxito y en volumen al que había surgido en Medellín en la década precedente. De allí no sólo surgieron alumnos epónimos, que han sido después profesores, decanos y académicos, sino una serie de libros (como su texto de “Nefrología”), publicaciones y estadísticas sobre los trabajos allí realizados, hechos con la seriedad de investigador e internista que siempre lo caracterizaron y que lo llevaron a ocupar por dos años la Presidencia de la Asociación Colombiana de Medicina Interna, lo mismo que la de la Sociedad Colombiana de Nefrología en etapa subsiguiente. Desde muy temprano fue miembro prominente del American College of Physicians, cuyos simposios ayudó a organizar en múltiples ocasiones. Elegante y pulido escritor, su mayor preocupación literaria fue la de investigar y sacar a la luz las vidas ilustres de los prohombres de su tierra. Así lo que escribiera sobre el doctor Martín Carvajal Bautista o sobre el oncólogo y Académico Francisco Espinel Salive. No sin razón dijo de él Alvaro Gómez Hurtado, en el prólogo que escribiera para su libro “El Hombre de Iscalá-Ramón González Valencia”: *“El doctor Cala Hederich, ilustre paisano del estadista, respalda su investigación con el prestigio que decora su vida y el ejercicio de una gran vocación humanística que lo ha llevado a ocupar sitios de honor en centros académicos y a prestar su concurso en el servicio público”*.

A él pudieron aplicarse, sin excepción, todos los versos del soneto alejandrino que Jorge Robledo Ortiz, el poeta antioqueño, dedicara al abuelo, especialmente aquellos dos que dicen:

*Nunca conoció el dolo, ni recorrió el atajo
que crucifica el alma sobre la cobardía...*

Ello no obstó, sin embargo, para que, en la cima de su prestigio, fuera también víctima de injustas

acusaciones de las que salió indemne, pero con la amargura que dejan el desdén y la ingratitud, especialmente cuando provienen de aquellos a quienes alguien no ha hecho toda su vida sino beneficiar. Ya jubilado y profesor emérito de la UIS, un día de 1991 decidió trasladarse a Bogotá, ciudad que lo acogió con el mismo cariño con que lo había acogido en sus épocas de estudiante de medicina de la Universidad Nacional pues aquí, más que en la capital santandereana —a la que nunca dejó de visitar con frecuencia— quedaba gran parte de su numerosa familia y de sus amigos más cercanos. Por un tiempo trabajó como Jefe de Medicina Interna de la Escuela de Medicina Juan N. Corpas y por otro en la cátedra de nefrología de su alma mater; pero su dedicación, la esencia de su vida, siguió siendo su consultorio de nefrólogo e internista, que continuó atendiendo hasta casi dos meses antes de su deceso, lo mismo que participando de manera incansable en las reuniones y comisiones de nuestra Academia. Fueron años pacíficos, rodeado de su esposa (notable historiadora e intelectual) y de sus hijas y nietos, dedicado como nunca a sus dos

placeres más preciados, la lectura y la música. Pero no la música a secas, sino aquella que, con la más moderna tecnología, le permitía ver a diario sus óperas predilectas y sus conciertos sinfónicos, de cámara o de música barroca, en el pequeño teatro que para el efecto había dispuesto en su casa de habitación. Por eso nos deleitó también en la Academia con dos video-audiciones formidables, la una sobre Verdi y la otra sobre Juan Sebastián Bach, de quienes él mismo documentó con cuidado sus biografías y sus libretos e inclusive los repartió por escrito antes de las sesiones, acompañándolos durante las mismas de sesudos comentarios. Ellos mismos y Bach en especial, como solía decirlo, sirvieron para aliviar los momentos más agobiantes de su dolorosa enfermedad, que sobrellevó con la entereza propia de su espíritu de valiente caballero y de auténtico cristiano.

Su rectitud en el obrar, su autenticidad, su lógica, su conocimiento médico, su humanismo, su música, quedarán por mucho tiempo flotando en el ambiente de esta Academia, a la que tanto quiso y a la que dedicó los mejores años de su madurez y de su vida.